

Velas del Corcovado. Etnografía de las rutas de los guaitequeros durante el siglo XX.

Paula de la Fuente, Inés Figueroa, Andrea Ponce y Pablo Zapata.

Cita:

Paula de la Fuente, Inés Figueroa, Andrea Ponce y Pablo Zapata (2010). *Velas del Corcovado. Etnografía de las rutas de los guaitequeros durante el siglo XX. VII Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, San Pedro de Atacama.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/vii.congreso.chileno.de.antropologia/37>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eYYc/r3n>

Velas del Corcovado. Etnografía de las rutas de los guaitequeros durante el siglo XX

Paula de la Fuente S.⁴⁶

Inés Figueroa G.⁴⁷

Andrea Ponce L.⁴⁸

Pablo Zapata G.⁴⁹

RESUMEN

Los guaitequeros eran navegantes chilotos que recorrieron en chalupas y chalupones veleros las Guaitecas -espacio que en el imaginario abarca el territorio insular que se despliega desde el archipiélago de Las Guaitecas hasta la laguna San Rafael- en busca de los recursos que ahí había en abundancia: maderas, pieles y, principalmente, cholgas y pescados. Estos viajes se insertarían dentro de una larga tradición marítima que presentaría dentro de sus elementos constituyentes el viaje en tanto fenómeno sociocultural complejo que se entreteje con dimensiones ambientales, económicas y simbólicas de las culturas locales; a la vez que una forma particular de entender el paisaje, que comprende el golfo del Corcovado en tanto espacio que articula el área archipelágica y de esta manera configura un territorio amplio que se extiende desde Chiloé hasta el Istmo de Ofqui.

Palabras claves: guaitequeros - viaje - paisaje - culturas locales.

Introducción

“Velas del Corcovado. Etnografía de rutas de los guaitequeros en el siglo XX”⁵⁰ es una investigación etnográfica cuyos resultados se orientan a contribuir con la visibilización, difusión y valoración de las historias, conocimientos y prácticas relacionados con los viajes de los *guaitequeros* realizados durante el siglo XX⁵¹.

⁴⁶ Antropóloga Social, Universidad de Chile. paulastranger@gmail.com

⁴⁷ Licenciada en Antropología Mención Antropología Social, Universidad de Chile. inesfigueroa@gmail.com

⁴⁸ Licenciada en Antropología Mención Arqueología, Universidad de Chile. manpola@gmail.com

⁴⁹ Licenciado en Antropología Mención Antropología Social, Universidad de Chile. pablozagon@gmail.com

⁵⁰ Proyecto FONDART N° 3302-0 (2009), Línea de Conservación y Promoción del Patrimonio Inmaterial, Modalidad de Investigación. El proyecto fue realizado entre el 13 de agosto de 2009 y el 2 de abril de 2010, con trabajo etnográfico en Chiloé y Melinka durante el mes de septiembre de 2009, entrevistándose a aproximadamente 60 individuos -hombres y mujeres, principalmente adultos mayores- vinculados con los viajes *guaitequeros*. El proyecto fue ejecutado por Paula de la Fuente (antropóloga social) y los co-ejecutores Inés Figueroa (licenciada en antropología), Pablo Zapata (licenciado en antropología), Andrea Ponce (licenciada en antropología mención arqueología).

⁵¹ El producto de difusión de los resultados del proyecto es el relato *Velas del Corcovado. Etnografía de Rutas de los Guaitequeros en el Siglo XX*, compuesto por tres capítulos -“Hacia las Guaitecas”; “Mujeres de Chiloé, Mujeres de Melinka”; y “Oreando la cholga, secando el pescado: el trabajo en las Guaitecas”- el cual fue transmitido por la Radio Estrella del Mar en Chiloé, Palena, Futaleufú y Guaitecas, durante marzo y abril

TOMO II – VII CONGRESO CHILENO DE ANTROPOLOGÍA
ANTROPOLOGÍA EN EL BICENTENARIO. RETROSPECTIVAS, INTERESES DEL
PRESENTE, APERTURAS

A continuación, presentamos los principales resultados de dicha investigación. Describiremos a los *guaitequeros*, el espacio conocido como *las Guaitecas*, algunas diferencias entre *guaitequeros* de Chiloé y Melinka y la visión de la comunidad toda frente a este fenómeno, desde el punto de vista femenino y familiar, dado que comprendemos el viaje a *las Guaitecas* como un hecho social complejo, que involucra no sólo a los navegantes sino también a aquellos que se quedaron en tierra.

Los guaitequeros

Los *guaitequeros* fueron navegantes chilotes, radicados en Chiloé, Melinka y otras zonas al sur del golfo del Corcovado, que recorrieron en chalupas y chalupones veleros las islas y canales de Aysén, buscando la abundancia de recursos marinos y forestales que se daban en esta zona. Provenían principalmente de sectores aledaños al estero de Huildad, específicamente de las localidades de Curanué, Santa Rosa, Candelaria y Auchac, en la comuna de Quellón y también de Melinka, en la isla Ascensión del archipiélago de las Guaitecas. Estos hombres realizaron una multiplicidad de oficios: cholguero, pescador guaitequero, cazador de pieles, lobero, ciprecero (Cárdenas 1971) o, como dice Hilda P. (Quellón) “*A la cholga seca, al pescado seco, a la caza del popo, de lobo viejo igual po’. Hacían de todo la gente: a los gatos, a las pieles, en eso trabajaba la gente*”.

Cada oficio tenía sus propias características en cuanto a organización, conformación de las cuadrillas y zona geográfica donde tenía lugar la explotación de los recursos. A modo de ejemplo, podemos mencionar que el trabajo de la pesca del robalo se realizaba más intensamente en las islas más cercanas a la parte continental de las Guaitecas, mientras que los *cazadores de pieles* se adentraban más al sur, cruzando hacia el golfo de Penas usando el puente terrestre de Ofqui. Por su parte, los *cholgueros*, *guaitequeros* protagonistas de esta investigación, se dedicaban a la extracción de cholgas en la zona archipelágica de la región de Aysén.

Chilote de campo y mar

Si bien el trabajo en las Guaitecas era un importante medio de ingreso de recursos para la unidad familiar, este trabajo no era la única actividad de los chilotes *guaitequeros*, ya que la frecuencia de los viajes en un año por lo general variaba de una a tres veces. El resto del tiempo, en “tierra”, los chilotes *guaitequeros* se incorporaban a las labores agrícolas y ganaderas, trabajo que durante los meses de ausencia era absorbido principalmente por las mujeres de la isla. En este sentido, se puede decir que el *guaitequero* tenía dos trabajos: en el mar y en el campo. En palabras de Ricardo G. (Auchac), “*a la cholga y a la pesca, pescado seco. Secábamos el pescado en Guaitecas y lo traíamos para acá para venderlo, ése era nuestro trabajo antes. Y trabajábamos en el campo también, sembrábamos papas, trigo. Hacíamos dos trabajos, en el mar y en el campo, teníamos animalitos también, ovejas, vacuno*”.

de 2010. La realización de este relato contó con la valiosa colaboración de los actores Macarena Baeza e Ignacio García, y el ingeniero de ejecución en sonido Jorge Aguilera.

Chiloé y Aysén, un mismo entramado cultural

El viaje de estos denominados *guaitequeros* comprendía toda el área archipelágica de Aysén, desde el sur del golfo del Corcovado hasta la laguna San Rafael, zona que dentro del imaginario chilote corresponde a las *Guaitecas*, en un sentido amplio. Estos viajes requerían de un profundo conocimiento de los espacios de agua de la “*islería*”, tanto de los bancos como de los puertos para guarecerse del mal tiempo en los mares insulares. Tal como dice David M. (Quellón), “*conocíamos todas las islas, conocíamos toda esa cuestión pa’ bajo, nosotros, nunca pasamos a varar, ni a tocarnos nada. Conocíamos todo. Conocíamos si allá en la punta había un bajo había que pasar más a medio*”, conocimiento que se entiende como el resultado de una práctica, la cual era transmitida vivencialmente en los viajes que realizaban los *guaitequeros* hacia el sur a lo largo de su vida.

Existió, entre los *guaitequeros* de Chiloé y de Melinka, una tradición cultural compartida, vinculada a la explotación de los recursos de dicha área conocida como *las Guaitecas*. En este sentido, compartieron formas de habitar y recorrer canales e islas, prácticas de extracción y explotación de recursos y técnicas de navegación y construcción de embarcaciones. Esto no es de extrañar, ya que el origen y desarrollo de Melinka se relaciona a migraciones chilotas asociadas principalmente a la extracción maderera de las *Guaitecas* durante el siglo XIX, liderada por Felipe Westhoff y Ciriaco Álvarez (Martinic 2004). Esta relación entre Chiloé y Melinka es reconocida y sigue presente en sus habitantes, tanto en el norte como en el sur del golfo del Corcovado. En este sentido, César B. (Quellón) nos dice “[*Melinka*] es una parte de *Quellón*, *Melinka* es puros chilotos (...) es una prolongación de Chiloé y es como una colonia chilota, igual que Punta Arenas”.

No obstante, los contactos y vínculos entre la gente de los archipiélagos de Chiloé, *Guaitecas* y *Chonos* se remontarían a tiempos prehispánicos cuando estas áreas eran territorio veliche y chono (Martinic 2004). Este vínculo entre archipiélagos nos permite sostener que en términos culturales “*las costas insulares de Aysén constituyen, sin lugar a dudas, parte del entramado cultural de Chiloé*” (Saavedra 2007:48).

Los *guaitequeros cholgueros* de Chiloé y Melinka

El trabajo del *guaitequero cholguero*, a grandes rasgos, consistía en un extenso viaje que duraba de dos a tres meses. Éste se iniciaba con la “*habilitación*” y organización del viaje, continuaba con el viaje hacia las *Guaitecas* desde Chiloé o Melinka, proseguía con “*la faena*” que consideraba la estadía, la búsqueda de los recursos y el trabajo de hacer sargas de cholga seca, para finalizar con el regreso y posterior venta o entrega de los paquetes de sargas de cholga seca en los puertos de Melinka, Castro, Dalcahue, Ancud, entre otros.

La preparación de las salidas a las *Guaitecas* dista de ser azarosa ya que, al igual que otras migraciones chilotas⁵², se trató de viajes altamente estructurados. La organización de éste

⁵² Acerca de la estructuración de los viajes se puede consultar a Munizaga, C. (1988) quien refiere a la organización de los viajes a la Patagonia. Asimismo, Cárdenas (1971) describe la *habilitación* para los distintos viajes *guaitequeros*.

TOMO II – VII CONGRESO CHILENO DE ANTROPOLOGÍA
ANTROPOLOGÍA EN EL BICENTENARIO. RETROSPECTIVAS, INTERESES DEL
PRESENTE, APERTURAS

partía por la conformación de una cuadrilla de trabajo, que consistía en grupos de cuatro o cinco personas que por lo general eran parientes o miembros de la misma comunidad. Esta cuadrilla debía abastecerse de víveres, necesarios tanto para enfrentar los meses en la “*islería*”, como para asegurar el sustento a las familias que se quedaban en Chiloé o Melinka.

De la capacidad de costear los viajes por parte de los *guaitequeros* se desprenden dos formas de organización de éstos, las que operaban a ambos lados del golfo del Corcovado. Éstas eran el “*ir apatronado*” o “*por su cuenta*”, y dependían de quién financiaba y organizaba el trabajo. Los viajes “*apatronados*” aludían a la presencia de un patrón o habilitador que dotaba a los *guaitequeros* de los víveres necesarios para la realización del viaje y a sus familias para afrontar los meses de ausencia. A cambio, se le entregaba la carga obtenida. Trabajando de esta manera la ganancia solía ser mínima, en ocasiones nula. Como nos cuenta Ulises M. (Quellón) “*se la tenían que entregar a él, por un compromiso, porque él entregó la comida. Y después que sacara su ganancia recién iba a dar plata para los trabajadores [guaitequeros]*”.

Por otro lado, los que iban “*por su cuenta*”, generalmente dueños de la embarcación, asumían por sí mismos el costo de los materiales necesarios para emprender viaje, repartiéndose la ganancia de manera directa entre los integrantes de la cuadrilla.

El viaje

Para ir a las Guaitecas, los chilotes debían realizar el cruce del golfo del Corcovado, tanto de ida como de regreso. A diferencia de la época actual, donde los navegantes se guían por instrumentos, los viajeros de antaño se basaban en su experiencia, esperando el momento propicio, pues, al decir local, era ideal salir con “*buen tiempo*”, pues “*con una buena marea y buen viento avanzaba cantidades*”. Desde San Pedro se esperaba el norte para ir a las Guaitecas, mientras que en Puquitrín, en Guaitecas, se esperaban “*los sures*” para volver a Chiloé. Estos lugares eran conocidos como zonas de espera, la que a veces se extendía durante días. Así lo recuerda José E.N. (Coi-coi) al señalar que “*(...) En Puquitrín estuvimos tres días... pa cruzar este golfo. Tuvimos que volver dos veces en la mitad del golfo, aquí este golfo de San Pedro a Melinka*”.

Navegaban a vela cuando las condiciones eran favorables. En caso contrario, los testimonios recopilados dicen que podían estar un día, incluso varios sobre el chalupón y la chalupa navegando el golfo del Corcovado, “*porque si se le cambiaba en un viaje largo un viento tenía que seguir a lo mejor a remo en contra de la marea, el avance no era mucho sino que era como mantenerse casi, pero había que hacerlo*”, “*no se podían quedar de brazos cruzados en medio del mar*” (Ulises M., Quellón). Con viento en contra, avanzaban haciendo zig-zag, lo que les permitía “*cazar el viento*” y seguir camino.

Tanto en el cruce del golfo como en el trabajo en las Guaitecas se navegaba “*a puro ojo*”, al decir de los ex-guaitequeros. Mareas, vientos, nubes eran elementos importantes en la orientación, requiriéndose un conocimiento especializado de éstos: “*nuestros instrumentos*

TOMO II – VII CONGRESO CHILENO DE ANTROPOLOGÍA
ANTROPOLOGÍA EN EL BICENTENARIO. RETROSPECTIVAS, INTERESES DEL
PRESENTE, APERTURAS

donde navegábamos eran nuestra vista, nuestros oídos y nuestra vista y el viento cómo iba y la mar como la llevábamos” (Guido H., Curanué).

El trabajo de la cholga seca

Durante los meses de trabajo en las islas del sur, los *guaitequeros*, tanto chilotes como melinkanos, formaban un campamento de trabajo en el cual construían una “*rancha*” de junquillo (*Juncus procerus*) y canutillo (*Equisetum bogotense*) que servía tanto de lugar de habitación como de secado de la cholga (*Aulacomya ater*). La extracción de las cholgas se realizaba con *palde*⁵³ y *gancho*⁵⁴ y luego eran cocinadas en grandes curantos con leña cortada de las mismas islas donde hacían puerto. Tal como relata José Octavio M. (Curanué) “*hacíamos una buena leñada, le llamábamos nosotros, vamos a hacer la leñada, entonces le largábamos y le largábamos unas dos toneladas de piedras calculo yo para que se enrojezcan y ahí encima le íbamos a largar los mariscos, yo le calculo el curanto que hacíamos de mariscos, por lo menos cincuenta sacos*”.

Luego de ser cocinadas, estas cholgas eran “*descascaradas*”, ensartadas en tiras de canutillo y secadas al interior de la *rancha*, donde se hacían los paquetes de sartas de cholga seca y se arrumbaban a la espera de otra “*curanteada*” de cholgas, y así hasta completar la carga de la chalupa o el chalupón velero.

Una vez cargadas las embarcaciones, se regresaba a Melinka o a Chiloé a vender los paquetes de cholga seca a los distintos puertos chilotes. Así lo recuerda el abuelo Queño (Tutil): “*entonces veníamos acá, pasábamos acá a dejar mercadería pa’ la olla y (...) pa’ Castro, Castro, Chonchi, todo por ahí corría pa’ la islas vendiendo y así vendíamos toda la paquetada y nos veníamos. Comprábamos víveres pa’ las casas, víveres pa’ volver de vuelta y eso era*”.

Mujeres de Chiloé, mujeres de Melinka

Uno de los puntos de partida de la investigación fue abordar el *viaje* de los *guaitequeros* desde la perspectiva de género. El uso de tal mirada lleva a entender que éstos no habrían estado circunscritos sólo a aquellos que efectivamente partían a trabajar hacia el sur, sino que habrían involucrado a la comunidad toda.

Esto pues, la periodicidad y duración de los viajes *guaitequeros* era tal que los navegantes estaban cerca de la mitad del año fuera de sus casas. Ello implicaba que durante los dos, cuatro o seis meses del año que los hombres estaban en las Guaitecas, quienes quedaban en Chiloé y Melinka eran mujeres (madres, esposas e hijas), niños pequeños y adultos que ya había dejado de trajinar en la “*islería*”.

⁵³ El palde consiste de un madero con un hacha cortada en su extremo, sirve para despegar la cholga de la roca.

⁵⁴ El gancho es una especie de rastrillo de tres puntas con el cual se traía la cholga a la superficie.

TOMO II – VII CONGRESO CHILENO DE ANTROPOLOGÍA
ANTROPOLOGÍA EN EL BICENTENARIO. RETROSPECTIVAS, INTERESES DEL
PRESENTE, APERTURAS

Este grupo de actores tenía presencia efectiva en Chiloé y Melinka, de modo que eran ellos los encargados de actuar la vida cotidiana de estos lugares con las reestructuraciones y ajustes que suponían la ausencia de los viajeros.

Así, desde esta perspectiva el *viaje* se presenta como un fenómeno sociocultural complejo - o tal vez un hecho social total- que se enlaza con aspectos económicos, ambientales y simbólicos de las culturas locales, incidiendo en la configuración de historias e identidades tanto de los viajeros, como de sus mujeres, hijas e hijos.

Al igual que con los *guaitequeros*, tanto al norte como al sur del Corcovado, las experiencias de las mujeres son similares, presentando, no obstante, algunas diferencias regionales. Es así como en Chiloé y Melinka las esposas de los *ex-guaitequeros* cuentan historias similares: hablan de la preparación del viaje, de cómo se hicieron cargo de sus trabajos y los de sus maridos; de la espera y la falta de noticias; de la colaboración de familiares y vecinos durante los tiempos de ausencia. Mas, el elemento compartido por todas, y que se expresa con mayor fuerza en los discursos de las entrevistadas, es la soledad.

De papá y mamá

Los ordenamientos de género imperantes, tanto en Chiloé como en Melinka, atribuyen la autoridad a los varones. Sin embargo, durante la ausencia, las madres quedaban solas con los hijos, transformándose en la figura de autoridad al interior de las familias. Al respecto Hilda P. (Quellón) nos cuenta que su marido “*salía dos meses, dos meses y medio; yo quedaba con mis hijos, hacía papá y mamá, porque en esos años en Melinka así era la vida, durita era, pero igual salimos, salimos adelante*”. Tal superposición de roles también se extiende a la distribución de trabajos, en este orden Mansilla (2006) indica que en Chiloé, y por continuidad Melinka, las labores femeninas se asociarían al espacio doméstico: el cuidado de los hijos, hilado y tejido, cuidados de atención primaria en el hogar, entre otros; mientras que las tareas masculinas comprenderían el trabajo de la madera, las migraciones estacionales, la navegación, entre otros. Las tareas agrícolas, en cambio, habrían sido realizadas en conjunto por hombres y mujeres.

Este orden se reestructuraría durante la ausencia de los *guaitequeros*, en el sentido que las mujeres madres de familia, junto con realizar los quehaceres propios, durante los períodos de ausencia asumían las tareas masculinas, quedando a cargo del campo, de las siembras y cosechas, de la crianza de los animales y la leña.

Ulises M. (Quellón), hijo de *guaitequero*, cuenta que “*la mujer hacía el trabajo igual que un hombre*” y, a partir de la multiplicidad de tareas que ellas realizaban, indica que “*siempre ha sido así, es multifacética [la mujer chilota]*”; en una línea similar, Bernardino R. (Quellón) expresa que hay “*mucha habilidad en la mujer chilota*”. A la vez, al describir la cantidad y variedad de trabajos realizados por las mujeres, muchos de las entrevistadas y entrevistados comentaron que “*[a la mujer chilota] ningún trabajo le queda grande*”.

TOMO II – VII CONGRESO CHILENO DE ANTROPOLOGÍA
ANTROPOLOGÍA EN EL BICENTENARIO. RETROSPECTIVAS, INTERESES DEL
PRESENTE, APERTURAS

“Múltiple”, “hábil”, “no le queda grande el trabajo”, son expresiones que usualmente describen a los chilotes hombres. El hecho que se usen también para referirse a la aproximación femenina al trabajo daría cuenta que tanto hombres como mujeres compartirían un mismo modo de afrontar las tareas; entonces, esta aproximación formaría parte del discurso y práctica identitario de lo chilote (De la Fuente 2010).

Mingas y días cambiados

Si bien las entrevistadas indicaron que ellas quedaban solas con los hijos, las siembras y los animales, también señalaron que durante la ausencia recibían apoyo de la comunidad. Ulises M. (Quellón) nos cuenta que cuando su padre *guaitequero* estaba de viaje, los hijos junto a la madre se encargaban de las siembras, cosechas y animales, es decir, de “*tener todo ordenado para que cuando llegaran los papás no estuvieran las cosas sin hacerse*”; porque ellos salían “*a trabajar afuera para traer la plata o la comida y los que quedábamos en la casa teníamos que trabajar las otras cosas, cuidar lo que había y hacerlo producir. Ésa era la misión*”.

Entonces, el primer apoyo que recibían las mujeres durante la ausencia masculina provenía de sus familiares directos. A la vez, también se contaba con el apoyo de las vecinas y vecinos, el que tomaba la forma de mingas o “*días cambiados*”. La colaboración de la comunidad se explicaría, junto con formar parte de lo socioculturalmente posible, por el hecho que la soledad era una experiencia compartida; al respecto Adela C. (Curanué) nos cuenta que “*la mayoría de las que vivíamos aquí, mis amigas, gente de mi edad, casi todos sus maridos eran de afuera, de las Guaitecas. Nos apoyábamos, nos ayudábamos. Entre otras cosas, en trabajar, en trabajar la agricultura. Le tocaba a una ir primero a ayudar en las papas y después a la otra, y así*”.

En el contexto de los viajes, el apoyo de los vecinos y familiares, manifestado a través de las formas de trabajo comunitario arriba señaladas, se presentaría como una condición necesaria para la realización de los viajes, esto porque el vacío dejado por lo *guaitequeros* sería rellenado por la comunidad (De la Fuente 2010).

Por otra parte, junto con los días cambiados y las mingas, había otras formas de apoyo a las mujeres que quedaban solas: la compañía, porque antes “*igual era soledoso y triste*” (Virginia B., Curanué). Así, entre vecinas y familiares se acompañaban: “*quedaba sola, pero tenía la compañía de mi suegra, mis cuñadas que vivían cerca y me venían a visitar en las noches (...) porque antes hasta miedo daba, noches oscuras, noches de lluvia*”. Es así como dentro de los preparativos para la ausencia, en algunas familias se estilaba que las esposas quedaran en la casa de las suegras, en particular, si se trataba de matrimonios jóvenes. Esto porque la mujer “*no podía quedar sola*”, y las suegras cumplían el rol de cuidarlas, a la vez que de ayudarlas a “*crecer*” a los hijos pequeños.

Vivir con la suegra y las visitas de las hermanas y vecinas, constituyen instancias de sociabilidad femenina en las que se configurarían y reforzarían las identidades de chilotas y melinkanas; asimismo, podrían incidir en la generación y fortalecimiento de vínculos de

TOMO II – VII CONGRESO CHILENO DE ANTROPOLOGÍA
ANTROPOLOGÍA EN EL BICENTENARIO. RETROSPECTIVAS, INTERESES DEL
PRESENTE, APERTURAS

reciprocidad y solidaridad... en el fondo, todas comparten la soledad y generan estrategias para abordarla (De la Fuente 2010).

Distinciones al norte y al sur del Corcovado

La construcción del paisaje en la tradición marítima presentada en el área archipelágica de Chiloé y las Guaitecas sería a partir del habitar de las aguas, donde el golfo del Corcovado, en lugar de percibirse como frontera natural que divide los archipiélagos antes mencionados, sería un hito articulador de éstos.

Como señalamos anteriormente, los navegantes chilotes que salieron hacia las Guaitecas fueron poblando el territorio hacia el sur. Ello incidió en el desarrollo de una tradición común, la que se expresa, entre otros elementos, en que para los entrevistados el trabajo en la zona conocida como *las Guaitecas* era el mismo, tanto para chilotes como para melinkanos.

Sin embargo, y tal como esbozamos en el inicio del apartado de género, la presencia del golfo habría incidido en la generación de ciertas diferencias regionales, las que guardan relación con los modos de entender el ambiente y configurar mundos-vida, a la vez que con haceres y saberes vinculados con el habitar marítimo y formas de operar los ordenamientos de género al norte y al sur del golfo del Corcovado.

Cruce del golfo

Una primera e importante distinción regional la encontramos en el cruce del golfo del Corcovado. En el tránsito hacia los recursos de *las Guaitecas*, éste era realizado únicamente por aquellos que provenían de Chiloé, en chalupones y chalupas a vela y a remo.

El golfo es, desde los discursos nativos “*grandes mares*”, “*una mar que no tiene destino*”, “*abierta*”, “*peligrosa*”, donde hay “*grandes corrientes de marea*” y se está “*muchas horas al amparo de nada*” pues no hay puertos donde “*pasar a quedarse, o capear el temporal*”. Expresiones que condensan la percepción de este espacio como peligroso. Por lo mismo, es un lugar donde mucha gente murió, lo que es sabido tanto por chilotes como por melinkanos. Así es recordado por Lautaro Ñ. (Melinka): “*esa gente que venía de Chiloé antes cuando cruzaba el golfo con chalupones a vela, cuánta gente..., era un cementerio de Quellón para acá, de acá de San Pedro fue un cementerio, padres con sus hijos, morían ahí...*”

La navegación en este lugar, reconocido como difícil y peligroso, requería de un conocimiento especializado, transmitido intergeneracionalmente, el cual era adquirido en la práctica⁵⁵, en el hacer y en el mirar. Juan M. (Curanué) recuerda que “*en esos tiempos no había nada, no había un compás, un radar, no había nada, nada, pura esto, como le dijera, práctica nomás. (...) yo que tengo varias pasadas al golfo como piloto, pero también me quedaba grande que me agarrara una tapazón y no supiera dónde voy. Y esos viejitos*

⁵⁵ El ‘*a pura práctica*’ utilizado para describir cómo se atravesaba el golfo, también es la manera de referirse a la navegación por canales y mares interiores en el sector de las Guaitecas.

TOMO II – VII CONGRESO CHILENO DE ANTROPOLOGÍA
ANTROPOLOGÍA EN EL BICENTENARIO. RETROSPECTIVAS, INTERESES DEL
PRESENTE, APERTURAS

llegaban como quiera que esté la noche, como quiera que esté, da la vuelta y llegaban a un puerto... a fondear, es pura práctica, no se veía nada. Entonces uno valora esas partes, uno lo valora mucho”.

Prácticas y conocimientos encarnados, vinculados al habitar marítimo, que eran necesarios a la hora de cruzar el golfo y de enfrentar algunos de los peligros que en éste abundaban, constituyen una diferencia entre chilotes y melinkanos, pues, si bien los navegantes de ambos lugares se orientaban de la misma forma -mareas, vientos, nubes, etc.- el cruce del golfo requería de una experticia que sólo podía adquirirse en el actuar de dicha práctica.

El cruce por parte de los navegantes chilotes tuvo algunas consecuencias, entre éstas, diferencias en el tipo de embarcación utilizado por chilotes y melinkanos, y también en cuanto a que el tiempo que permanecían alejados los *guaitequeros* chilotes era mayor. Así mismo, se recopilaron relatos en primera persona que dan cuenta de la presencia de mujeres melinkanas participando en actividades extractivas en *las Guaitecas* sobre chalupas a vela. Nos referiremos a ello a continuación.

Tipo de embarcación

El cruce del golfo como elemento diferenciador entre Chiloé y Melinka tiene un correlato en el tipo de embarcaciones usadas mayoritariamente en uno y otro lugar. En Melinka, se usó solamente la chalupa, mientras que los chilotes sumaban al uso de ésta otra embarcación, “*más robusta*”, la cual era conocida con el nombre de chalupón, cuyo atributo más reconocido habría sido el de tener de mejor capacidad para realizar el cruce del golfo, lo que se explicaría, según Julio B. (Curanué) “*porque “el chalupón (...) era más grande, era más destacable en la ola”.*

La chalupa y el chalupón eran de construcción similar: ambas contaban con doble proa, eran embarcaciones a vela y a remo y eran realizadas mayoritariamente en ciprés, reconocida como la mejor madera para hacer bote, lo que da cuenta de un conocimiento especializado de las maderas, sus propiedades y sus usos.

No obstante, tenían algunas diferencias; la chalupa era más pequeña que el chalupón, entre seis y ocho metros según indican los relatos nativos, mientras que de nueve metros en adelante, podría haber sido considerado chalupón. Estas medidas son aproximadas, y tienen un margen de variación según las interpretaciones de los entrevistados. Por otro lado, el chalupón, además de su mayor dimensión, contaba con un botalón, característica ausente en la chalupa o chalupita. Asimismo, en el chalupón, el foque o “*vela chica pa’ virar*” era anudada al botalón, y además contaba con una vela grande, que tomaba el viento. La chalupa, como dijimos, no tenía botalón, por tanto, la vela era anudada directamente en la proa.

La chalupa habría sido más utilizada para el trabajo por canales y mares interiores, en tanto que el chalupón demostraba su mayor capacidad en mar abierto, a la vez que era una embarcación más útil para la carga y transporte. Así lo indica Ulises M. de Quellón quien señala que “*...se recolectaba la pesca con esa embarcación chica y el chalupón grande se*

TOMO II – VII CONGRESO CHILENO DE ANTROPOLOGÍA
ANTROPOLOGÍA EN EL BICENTENARIO. RETROSPECTIVAS, INTERESES DEL
PRESENTE, APERTURAS

quedaba en el puerto donde se hacía el rancho, donde se juntaba la carga, donde se oreaba y se mantenía para ser transporte, entonces el chalupón grande cumplía ese rol, era más que nada de transporte de carga”.

Habilitación al norte y al sur del golfo del Corcovado

En ambos lados del golfo del Corcovado los *guaitequeros* habilitaron sus viajes por medio de un patrón, quien hacía entrega de los víveres necesarios. Sin embargo, existió una diferencia. Según se recopiló en terreno, era más usual que los *guaitequeros* chilotes trabajaran “*por su cuenta*” -aun cuando también existió el trabajo apatronado- para luego ir vendiendo su mercadería por los puertos de Chiloé, principalmente en Castro, constituyéndose en parte del comercio de dicho lugar. En Melinka, en tanto, el trabajo apatronado era prácticamente la regla general, pues según se recogió en entrevistas, “*uno no tenía pa’ salir por su cuenta a trabajar, tenía que pedir víveres a algunos que le diera los víveres pa’ trabajar a la cholga*” (Carlos C., Melinka).

Los patrones “*pagaban lo que querían*” y no pocas veces los *guaitequeros* al volver y entregar la mercadería quedaban “*sin ganancia*”. Acerca de la “*habilitación*”, María L. (Melinka) recuerda: “*con el mismo trabajo que hacíamos se pagaba eso, en veces salíamos ganando un poquitito y en veces no*”.

Participación femenina en trabajos *guaitequeros*

Las mujeres de Chiloé y las de Melinka compartieron la ausencia de sus maridos durante los períodos en que éstos iban en busca del lobo, del gato huillín, la cholga y el pescado seco, entre otros recursos que abundaban en ese territorio extendido conocido como *las Guaitecas*.

Sin embargo, algunas mujeres de Melinka participaron de igual a igual en las labores extractivas, específicamente en el trabajo de la cholga seca, recolectando, ahumando, “*curanteando*” y haciendo sartas. Ulises M. (Quellón) nos señala que “*mucha gente salía de principio con su familia, o sea, iban todos, iba toda la familia a trabajar. Acá, de acá de Chiloé no iba toda la familia a trabajar*”

Hombres, mujeres, hijos e hijas pequeños, se habrían trasladado en los meses de verano, una vez terminado el período escolar, en la búsqueda de dicho recurso. Así lo recuerda Catalina M. (Melinka): “*en la escuela no era raro porque salía de vacaciones en diciembre, de enero a marzo y volvía a la escuela, los profesores sabían que si se demoraban más podía ser por el tiempo, porque se andaba a vela y remo*”.

En estos viajes tanto mujeres como niñas y niños, trabajaban a la par que los hombres en la extracción y preparación de las cholgas, participando también de la transmisión de un conocimiento especializado, lo que se desprende del relato de Catalina M. (Melinka): “*aquí los mismos papás a uno le van enseñando, porque hay que hacerlo porque el trabajo de la cholga no da tiempo de nada, o sea ahí tienen que trabajar todos (...) en un puro día usted tiene que mariscar la cholga, después uno tiene que hacer fuego y poner las cholgas en*

TOMO II – VII CONGRESO CHILENO DE ANTROPOLOGÍA
ANTROPOLOGÍA EN EL BICENTENARIO. RETROSPECTIVAS, INTERESES DEL
PRESENTE, APERTURAS

tacho (...). Después desconchar, todo eso, uno lo pone a secar, y eso hay que estar dándolo vuelta, y con humo, en el humo, después se deja enfriar y uno empieza a ensartar”.

Cabe señalar que, si bien no todas las familias de Melinka habrían ido a trabajar a *las Guaitecas*, sí se trataría de una práctica relativamente frecuente. Ello implica que se trata de mujeres que conocían de técnicas de navegación, de cómo buscar buen puerto y de cómo maniobrar la chalupa o chalupita, la embarcación que en mayor medida se utilizó en la zona a la que referimos.

Por el contrario, la mujer chilota no participó de estos viajes y prácticas. Una de las interpretaciones posibles para esto se vincula a los riesgos atribuidos al cruce del golfo del Corcovado, necesario para acceder a *las Guaitecas* y sus recursos, tal y como indica Ulises M. (Quellón): “...de acá de Chiloé no iba toda la familia a trabajar, no podría haber sido, por los mismos peligros que había de cruzar el golfo. En cambio en la zona de *las Guaitecas* o de Melinka en este caso ellos navegaban en zona de canales, que también es malo pero hay donde más resguardarse del invierno, hay más buen puerto”.

Otra interpretación para la participación de familias completas en el trabajo de la cholga seca en Melinka podría haber sido la motivación económica: en este lugar eran más pobres que en Chiloé, mismo motivo por el cual habría sido más común el trabajo “*apatronado*”. Entonces, el llevar a la familia a *las Guaitecas*, junto con el aporte que ésta hacía en el trabajo de la cholga, podría haber sido una estrategia para garantizar las ganancias de la faena, en el sentido que trasladarse y trabajar junto a ella evitaría el dejar “*habilitadas*” las casas para los meses que durara su ausencia.

Reflexiones finales

Hemos indicado que Chiloé y el área archipelágica de Aysén presentarían un mismo entramado cultural, cuyo origen se remontaría a tiempos prehispánicos y que durante los siglos XIX y XX habría cobrado renovada vigencia de la mano de la explotación de *las Guaitecas*. Estos siglos vieron cómo hombres provenientes de distintas partes de Chiloé salieron hacia las *Guaitecas* a explorar, trabajar y habitar la “*islería*” y, de esta manera, reactualizaron las rutas chonas y el vínculo entre las islas al norte y al sur del Corcovado.

La existencia de esta matriz cultural común, que se evidencia tanto en las prácticas de navegación y explotación, como en los lazos de parentesco entre chilotes y melinkanos, pone de manifiesto la falta de correspondencia entre límites administrativos y culturales, por una parte, y marítimos y terrestres por otra.

La divergencia entre límites administrativos y culturales es evidente: desde la administración el golfo del Corcovado es leído como la frontera natural entre las regiones de Los Lagos y Aysén. Mientras que, este mismo espacio visto bajo la luz de una trama cultural desarrollada de la mano de las prácticas de navegación, opera como un ente que articula los archipiélagos de Chiloé y *Guaitecas*, a la vez que genera distinciones entre chilotes y melinkanos como aquellas expresadas en páginas anteriores. Así, el golfo

TOMO II – VII CONGRESO CHILENO DE ANTROPOLOGÍA
ANTROPOLOGÍA EN EL BICENTENARIO. RETROSPECTIVAS, INTERESES DEL
PRESENTE, APERTURAS

presentaría más de una lectura, adquiriendo su significación mayor complejidad que aquella de frontera administrativa.

Imbricado a lo anterior, el vínculo entre Chiloé y Melinka también daría cuenta de distinciones entre el habitar marítimo y el terrestre. Desde las tradiciones culturales terrestres los cuerpos de agua son vistos como fronteras, significación que no estaría presente en tradiciones marítimas las que, a partir del desarrollo de prácticas de navegación, lograron ampliar sus mundos-vida, esto pues, sus formas de desplazarse -el conquistar el espacio marítimo- les permitiría construir un paisaje cultural mayor que aquel que surgiría del habitar pedestre. Así, la tradición marítima a la que pertenecen los *guaitequeros* posibilitó la emergencia de un territorio extenso que se despliega desde Quellón hasta la laguna San Rafael, abarcando las islas y canales de la región de Aysén.

Mencionamos que el Corcovado actuaría de articulador, a la vez que de principio diferenciador entre *guaitequeros* chilotes y melinkanos. Una de estas distinciones dice relación con la participación de familias melinkanas completas en las faenas extractivas en las islas del sur, situación que no se presentaría entre las familias chilotas. Esta distinción en los ordenamientos de género al norte y sur del golfo, surge de la observación de los viajes *guaitequeros* desde una perspectiva de género. Tal mirada, nos permite comprender este fenómeno dentro de su complejidad, entendiéndolo como un hecho social que no sólo gravita en la configuración de las identidades y prácticas de los navegantes, sino que también incidiría en la construcción de las identidades y prácticas de aquellas que mayoritariamente se quedan en tierra.

Problematizar acerca de esta relación dialogante entre lo masculino y lo femenino, es sólo una de las aproximaciones que nos permiten observar la profunda relación entre los viajes y las construcciones de identidades, prácticas e instituciones de chilotes y melinkanos. Esperamos que investigaciones posteriores, que incluyan otras miradas, puedan profundizar en dicho tópico a fin realizar descripciones densas de estos fenómenos y así contribuir con la salvaguarda del patrimonio inmaterial de Chiloé-Corcovado.

Referencias citadas

CÁRDENAS, A., 1971. *Los Guaitequeros, Personajes folklóricos de Chiloé*. Brecha, Rancagua.

DE LA FUENTE, P., 2010. Velas del Corcovado: salidas y ausencias. *II Seminario Chiloé: Historia del contacto* Museo Regional de Ancud.

MANCILLA, C. y R. REHBIEN, 2007. *De viajes y retornos: Una aproximación al estudio del imaginario de la vida errante en el Chiloé de la primera mitad del siglo XX*. Tesis para optar al Título profesional de Antropólogo(a) y grado académico de Licenciado(a) en antropología, Universidad Austral de Chile Facultad de Filosofía y Humanidades Instituto de Ciencias Sociales Escuela de Antropología. Valdivia, Chile.

TOMO II – VII CONGRESO CHILENO DE ANTROPOLOGÍA
ANTROPOLOGÍA EN EL BICENTENARIO. RETROSPECTIVAS, INTERESES DEL
PRESENTE, APERTURAS

MUNIZAGA, C., 1988. Chiloé y su influjo en la XI Región. En *Chiloé y su influjo en la XI Región: II Jornadas Territoriales*, I. Vázquez de Acuña et al. (Eds.), pp. 61-73. Universidad de Santiago, Instituto de Investigaciones del Patrimonio Territorial de Chile, Santiago.

MARTINIC, M., 2004. *De la Trapananda al Aysen: una mirada reflexiva sobre el acontecer de la Región de Aysén desde la prehistoria hasta nuestros días*. Pehuén Editores, Santiago de Chile.

SAAVEDRA, G., 2007. Las economías silenciosas del litoral aisenino. Otras narrativas. En *Patagonia. Tres Miradas Antropológicas a la Región de Aisén*, pp. 35-65. Ediciones Ñire negro, Chile.